

## ¡FUEGO, FUEGO!

Una urbanización al norte de una gran ciudad, con edificios y vecinos como los de cualquiera de estas. Estamos al comienzo de la primavera. Hoy luce el sol.

Allí vive Luis Robles, médico de cabecera con consulta privada en su domicilio y un trabajo actual de bastantes años en un gran hospital, muy apreciado por sus fiables diagnósticos y con una gran influencia entre sus pacientes, muchos de ellos vecinos.

También en la urbanización, pero en el edificio de enfrente al de Luis, viven Julia y Antonio, matrimonio con dos hijos. Trabajan los dos, el marido en un periódico y la esposa en la Administración. Llevan doce años viviendo en esta casa que compraron en construcción. Todavía están pagando la hipoteca. Su médico de cabecera es Luis.

María Luisa es vecina de Julia y Antonio. Compró el piso a la vez que ellos, en el mismo descansillo del sexto piso. Viuda de un militar y con hijos mayores, alguna todavía viviendo en su casa, como Ascensión, enfermera, que no parece tener intención de casarse pues prefiere cuidar de su madre, con el beneplácito de sus otros hermanos y hermanas, que se libran de una preocupación. Son muy amigas las dos familias. Ascensión a menudo cuida de los hijos de Antonio y Julia, cuando estos la necesitan.

En el mismo edificio, en el cuarto piso, vive un pianista, Renato, que ensaya por las mañanas, y no molesta excesivamente ya que la familia de Julia y Antonio se van a trabajar y al colegio. Además Renato, hombre algo amanerado, con dos perritas pequeñas, ha insonorizado las paredes de su casa entelándolas y con gomaespuma para amortiguar el sonido del piano. No tiene mucha relación con los vecinos.

Hoy temprano suena el teléfono en el despacho de Antonio. Él no está en ese momento y lo coge su secretaria. Después de una breve conversación sale en busca de Antonio, y cuando lo encuentra le dice que tiene una llamada urgente. Él deja la reunión en la que estaba y acude a recibir la llamada. Su médico y amigo Luis le comunica que desde su casa ve que enfrente, en su edificio hay fuego en el cuarto piso, y que las llamas salen por las ventanas. En el sexto, la casa de Antonio, no hay llamas pero sí humo.

Antonio le da las gracias, cuelga, le dice a su secretaria lo que pasa y sale pitando del periódico. Antes de llegar, ya ve una columna de humo que presume que será de su edificio. Cuando llega, la policía ha cortado la calle y para que le dejen pasar, se identifica como vecino. Al llegar al pie de su edificio de siete plantas puede ver a los bomberos trabajando en la extinción del fuego, con camiones con escaleras, en

algunos casos rescatando con estas a vecinos por encima del cuarto piso. No hay llamas, solo humo en las ventanas.

Él está tranquilo, pues sabe que en su casa no hay nadie, pero se preocupa por María Luisa. Se fija en su terraza, por donde sale humo, y observa que un bombero la está ayudando a subir a la escalera para bajarla a la calle. La maniobra se le hace eterna. Los bomberos no le dejan acercarse demasiado, aunque dicen que ya está controlado el fuego principal. Por fin ella pisa la acera y Antonio se acerca y se dan un abrazo. Entonces observa que va con zapatillas de casa y lleva puesto un abrigo de pieles, y un tiesto en las manos. A la pregunta de por qué ha bajado con esas dos cosas, ella le contesta que para que no se estropease el abrigo, y en el tiesto van sus joyas, pues ambas cosas son regalos de su marido y les tiene mucho cariño.

Entonces Antonio cae en la cuenta que no ha llamado a Julia. Entra en una cabina y la llama a su oficina. Le cuenta todo y le dice que no se alarme más de lo necesario, pues no hay más que daños materiales, y no hay víctimas. Aprovecha para buscar en su agenda de teléfonos el de la Compañía de Seguros, y llama para explicar el suceso y pedir que envíen un perito en cuanto puedan.

De repente suenan sirenas y llega un coche oficial. Los policías le abren paso y cuando está cerca de la casa, se baja alguien a quien Antonio identifica inmediatamente. Es el alcalde, que volviendo del aeropuerto ha visto el humo y ha querido enterarse del suceso en vivo y en directo.

Momentos después se baja Julia de un taxi, llorando de nervios, acompañada por una compañera de trabajo. Antonio la tranquiliza, haciéndole ver la situación ya casi controlada. Se acercan los dos al portal y allí cerca está Zoilo, el portero de la finca, con su mujer Encarna. Zoilo les cuenta que el incendio se inició en casa de don Renato, el pianista, por causas desconocidas hasta ahora. Que él subió rápidamente para intentar ayudar al dueño a apagarlo, pero las paredes enteladas ardían sin control. Le pudo convencer para salir y no poner en peligro sus vidas. Aún así las cejas las tiene chamuscadas. Los bomberos casi han terminado con su trabajo.

Por fin aparece el perito y Antonio pide permiso para entrar en el piso, y si es posible comprobar los daños. Les dicen que sí, pero que les tienen que acompañar un bombero y un policía. Demuestran que son los propietarios del piso y suben con el perito por la escalera, acompañados de un bombero y una policía que les alumbra, y entonces descubren que desde el cuarto al sexto los peldaños de piedra son un carbón y la barandilla de madera no existe. Entonces se enteran que por desgracia, un vecino del séptimo y último piso, abrió la puerta de su casa para ver qué pasaba, no la cerró y la escalera hizo de chimenea extendiendo el fuego hasta arriba. Por suerte en los pisos del quinto al séptimo no entró, solo quemó las puertas de entrada de madera, y gracias a que los bomberos llegaron a tiempo no se propagó el fuego dentro de las viviendas.

Julia, Antonio y el perito, acompañados por la policía y el bombero, entran en el piso y descubren los daños que ha producido el intenso calor y el humo en el interior, y la humedad en el suelo y la parte baja de las paredes, producida por el agua empleada por los bomberos para refrescar la vivienda y evitar que se produjera llama, según les explican.

Revisan cada habitación comprobando los daños de los que toma nota el perito, y finalmente abandonan la casa para bajar a la calle, y tomar conciencia que la reparación de todos los estragos, les tendrá apartados de su casa bastante tiempo. Habrán de soportar muchas secuelas que no tenían previsto pasar.

José Manuel Bretón / marzo 2022

